

CAPITULO XL.

Persecucion de los judíos.



IVIDIDAS están las opiniones al juzgar el establecimiento del Santo Oficio en España.

Condénanle en absoluto los que indignados ante los horrores que el fanatismo cometió, todo sacrifican ante el respeto á la libertad individual, imágen del libre albedrío que Dios ha concedido á sus criaturas.

Defienden otros al Santo Oficio por su energía para conservar la pureza de la religion católica, y éstos y los que son más ilustrados de entre los partidarios del tribunal de la Fe, aplauden la institucion como una de las medidas políticas más acertadas de los Reyes Católicos, porque gracias á ella mientras las guerras de religion la destruian en otros países, se conservó en España incólume la fe del cristianismo.

Son muchos, sin embargo, los que atribuyen á esta medida la decadencia material de nuestra patria.

De cualquier modo, no nos cumple á nosotros en este instante juzgar el acto á que nos referimos.

Vamos únicamente á dar una idea de lo que pasó, para que se conozca más y más hasta qué punto estaban cerca las sombras de la noche de la brillante luz que prometia para el reinado de los Reyes Católicos, un día de los más bellos, de los más gloriosos de la historia del mundo.

Loz judíos eran los habitantes de España que más rique-

zas habían acumulado, y por consiguiente la gran prosperidad del país se debia principalmente á ellos.

Cuanto se habia hecho para apartarlos de su religion y atraerlos á la verdadera, habia sido inútil.

Evocáronse de nuevo añejas y olvidadas tradiciones, el vulgo desarrolló contra ellos un odio feroz contando que robaban á los niños cristianos para sacrificarlos en escarnio y mofa del Salvador; díjose que administraban ponzoñosas bebidas á sus enfermos los que ejercian las profesiones de médicos y boticarios, y no habia calumnia ó rumor absurdo que no se propagase contra ellos.

El que con más fervor y más insistencia combatia á los judíos, era el primer inquisidor general, fray Tomás de Torquemada, el cual no abrigaba más que un deseo: el de verlos expulsados de España, convertidos á la fe, ó abrasados por las llamas en castigo de sus falsas creencias.

Antes de recurrir á un medio extremo, se empleó el de la persuasion.

Pero los esfuerzos que se hicieron para convertir á las judíos fueron inútiles, y no tardó en ser general la opinion de que el único medio de extirpar la herejía judaica era destruir por completo á los que la profesaban.

Los judíos, conocedores del corazon humano, viendo la tempestad que se conjuraba contra ellos, trataron de parar el golpe, acercándose á los soberanos para hacerles el mayor de los sacrificios: el de darles dinero.

Una comision de israelitas, nombrada por los demas, se acercó á los reyes y les ofreció un donativo de treinta mil ducados con destino á la guerra contra los moros.

Estas negociaciones fueron bruscamente interrumpidas por el inquisidor Torquemada, el cual, entrando precipitadamente en la cámara régia, donde los monarcas conversaban con

los judíos, y sacando de debajo del hábito un crucifijo, le presentó, exclamando:

—Júdas Iscariote vendió á su Maestro por treinta monedas de plata. Vuestras majestades van ahora á venderle por treinta mil. Aquí está, tomadle y vendedle.

Al terminar estas palabras, arrojó sobre una mesa el crucifijo, y salió con la misma precipitación.

Los monarcas, sobrecogidos por aquel temerario atrevimiento del inquisidor general, pusieron término á las negociaciones, y en vez de obedecer á sus propios impulsos, siguieron los consejos de su director espiritual.

Torquemada, que habia sido uno de los primeros confesores de la reina, cobró gran ascendiente sobre su alma, y á su influencia se debió que aceptase la resolución de proscribir á los judíos.

El edicto fué firmado en Granada el día 30 de Marzo de 1492.

La sentencia cayó como un rayo sobre la raza hebrea.

Como aseguran historiadores de gran crédito, muchos de ellos habian podido ponerse á cubierto de las escudriñadoras miradas de la Inquisición, afectando suma reverencia en las formas externas del culto católico.

Unos creyeron que la hipocresía por un lado, y por otro el exacto cumplimiento de sus deberes sociales, les asegurarian el amparo de los reyes.

Otros que habian logrado acumular grandes riquezas, creian que tambien serian respetados; pero unos y otros se engañaron de medio á medio.

Publicóse el pregon en todas la ciudades y aldeas del reino, y los judíos se vieron condenados á la expatriación, si no abjuraban de su religion y entraban en el gremio de la Iglesia Católica.

Tres meses se les daba de plazo para seguir uno ú otro camino.

Escaso fué el número de los que renegaron de la fe de sus antepasados; y resueltos á partir, ó vendieron á ínfimo precio sus bienes, ó enterraron sus tesoros, creyendo que no tardarian en volver á España, ú ocultaron el dinero que poseian entre sus harapos, para librarse de la codicia de los bandoleros que, al saber la resolución que contra los judíos se habia tomado, acudieron en numerosas bandas á los caminos, para robar y asesinar á los infelices israelitas.

En medio de aquella desolación, porque en efecto, era horroroso el cuadro que presentaban las poblaciones de España, de las que salian á centenares familias, que habiendo vivido hasta entónces en la opulencia, se veian condenados á la peregrinación, á la mendicidad; en medio de aquella desolación, repito, se alzaba severo, potente, inflexible, la figura del inquisidor general, el cual, si como hombre lamentaba el castigo que le habian obligado á imponer las leyes, como católico miraba, ébrio de alegría, el triunfo de la doctrina de Jesucristo sobre la de aquellos hijos de Israel.

Tal vez eran más precavidos é ilustrados los países vecinos, que como en Portugal, acogian con entusiasmo á los desterrados de España.

Pero no eran solo los portugueses, sino los mismos árabes expulsados poco ántes, y refugiados en Africa, los que tendian sus brazos á los judíos, seguros como estaban de que llevaban á su suelo la prosperidad.

No uno, sino muchos libros podrian llenarse con la descripción de los horrores que se cometieron por los brazos auxiliares que obedecian al Santo Oficio.

Considerando á los judíos como perros, la codicia, la envi-

dia, las malas pasiones se colocaron el antifaz de la justicia, de la piedad, y llevaron á cabo espantosas venganzas.

La ley mandó encender una hoguera, y perecian en ella infinitos judíos.

Y no eran solo los que preferian sucumbir en España á abandonar aquella segunda patria los que morian en la hoguera ó se extinguian en los calabozos de la Inquisicion, sino que hasta los mismos judaizantes, hasta los que habian abjurado de su religion para ingresar en el gremio del catolicismo, y sin otro fin que el de conservar sus riquezas ó posicion, se veian perseguidos ó calumniados, y tarde ó temprano tenian que expiar de una manera horrible su apego á las riquezas ó su falaz hipocresía.

No es mi propósito entrar en estas consideraciones.

Colon presenció los sucesos, y aquel hombre, dotado de un génio tan poderoso, aquel soldado de la civilizacion y del cristianismo que habia sufrido tantas amarguras, que tantos engaños habia sufrido durante su vida, dominado por el espíritu de su época, y más aún por la fe que sentia, y que acababa de explicar en su entrevista con los soberanos, de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, no exhaló ni una sola protesta, y al contrario, vió en aquellos actos, en aquellos castigos, un medio infalible de que triunfase única y poderosa la religion cristiana, y que asegurándose en el seno de España, pudiera extender la benéfica sombra de sus ramas á los lejanos países que pensaba conquistar, á las apartadas regiones en donde se conservaba el sepulcro de Cristo en poder de infieles, y á todos los ámbitos de la tierra donde no se conocia la verdad, que era para él, como para nosotros, el signo de la Cruz.

Y, sin embargo, hubo un momento en el que su corazon experimentó parte de los dolores que sufrían aquellos infelices que se veían desterrados de sus hogares, que tenian que renunciar al fruto de su trabajo y de su ingénio.

Aquella medida de los Reyes Católicos, aquel pensamiento puesto en práctica de una manera tan estrecha por el inquisidor general Torquemada, hirió de rechazo á uno de los hombres á quienes más debia nuestro héroe, porque era padre de la que con su mediacion le habia llevado hasta los piés de Beatriz, y que habia proporcionado los medios á su cariño para que se fortaleciese y fructificase.

Aludimos á Isaac, el padre de Rebeca.

Este infeliz anciano que ya lloraba amargamente la pérdida de su hija, porque la habia perdido desde el instante en que abjurando de su fe se habia arrojado en los brazos del catolicismo, que habia cambiado las esperanzas y las galas del mundo, por el silencio del claustro y los éxtasis de la oracion, Isaac, que vivia solo, contando por sus dias los siglos de su dolor, y que no tenia más consuelo que el de saber que cerca de su lado, aunque oculta á las miradas de todo el mundo, y á las suyas, vivia su hija, que no tenia más alegría que la de poder morir bajo el mismo suelo, se vió de pronto arebatar este único remedio á su afliccion.

Antes de renunciar á la religion de sus padres, prefirió morir mil veces.

En la dura alternativa de entrar en el gremio del catolicismo ó de abandonar para siempre el país en donde habia nacido, en donde habia vivido, optó por el segundo camino.

Pero ántes de partir hizo los mayores esfuerzos para ver á su hija, para despedirse de ella, para perdonarla.

Los pasos que dió para obtener esta entrevista no dieron resultado alguno.

No era posible que se admitiese en la casa del Señor á un hombre de la raza que hacia escarnio de él.

Y, sin embargo, ¿habia nada más doloroso para un padre que apartarse para siempre del lado de su hija y sin verla án-

tes, sin oír una palabra suya, sin poder recoger una mirada y conservarla eternamente?

Aquella prueba era terrible.

Isaac luchó algun tiempo entre su codicia y la fe de su religion.

La codicia venció al israelita.

Hizo abjuracion pública de sus errores y abrazó el cristianismo.

Entónces pudo ver á Rebeca, á Rebeca, que le tendió sus brazos con filial amor, dándole gracias con toda su alma porque habia llegado al conocimiento de la verdad.

No era esto cierto.

Isaac habia salvado las apariencias sacrificándolas al deseo de ver á su hija, pero conservaba en el fondo de su alma la fe de siempre, y en el misterio de su retiro se consagraba á las prácticas de su religion.

Isaac, codicioso como todos los de su raza, sabia que muchos de ellos, ántes de abandonar á Córdoba, habian enterrado sus tesoros y cautelosamente se habia apoderado de algunas crecidas cantidades de dinero, abrigando la esperanza de que gracias á ellas podria algun día sacar á su hija del convento en donde vivia y llevarla con él á un país éxtranjero, en donde se proponia conseguir que volviese á ser ella lo que ántes de implorar la proteccion de los reyes habia sido.

¡Néicia ilusion!

Isaac, como todos los judaizantes, estaba continuamente rodeado de espías.

Los familiares de la Inquisicion y otras muchas personas oficiosas espíaban incesantemente á los judíos, seguros de que los que habian quedado en España habian obedecido á la codicia, y de que delatándolos y probándoles una herejía, podrian llevarlos á los Calabozos del Santo Oficio, ó á la hoguera, y apoderarse de sus riquezas.

No faltó quien observase atentamente á Isaac preparándole una emboscada para que apareciese como réprobo á los ojos del tribunal del Santo Oficio.

Isaac sufrió la suerte que otros muchos.

Encerrado en un calabozo fué sujetado de piés y manos por cadenas que le obligaban á permanecer en dolorosa postura, todo para que confesase que merecia ser llevado á la hoguera.

Colon se habia despedido de los reyes para encaminarse al convento de la Rábida.

Antes de emprender definitivamente su viaje, pasó por Córdoba, y en los corrillos de la plaza del Alcázar oyó referir la suerte que habia cabido á Isaac, al mismo tiempo que, entre risotadas y bromas, contaban los soldados á los ociosos las desventuras que padecian los israelitas.

La situacion de Isaac interesó vivamente á Colon, y valiéndose de la influencia que tenia por la proteccion que le dispensaban los reyes, acudió á implorar el perdon de aquel desgraciado:

Hizo más aún.

Creyendo que los ruegos de su hija serian escuchados, le refirió lo que pasaba, y la jóven unió sus ruegos á los del ilustre marino.

Inmediatamente se enviaron emisarios á los reyes para ver si se alcanzaba el perdon de Isaac, y se le conmutaba la pena que se le habia impuesto con el destierro que habian sufrido sus demas hermanos.

Al dia siguiente llegó á Córdoba fray Tomás de Torquemada, y enterándose de lo que habia pasado, arrastrado por el celo de que se hallaba poseido, dispuso que todos los que merecian el rigor del Santo Oficio sucumbiesen en la hoguera.

Colon se atrevió á pedir una audiencia á Torquemada, para suplicarle en favor de Isaac.

El célebre dominico le recibió.

Su presencia hizo desde luego comprender á Colon cuán inútiles serian sus esfuerzos.

Era fray Tomás de Torquemada de elevada estatura, de rostro pálido y desencajado por los rigores de la penitencia y oracion.

Surcaban su sombría frente prematuras arrugas, y sus ojos grises y pequeños, su boca delgada y contraída, su cabello cano, contribuian á darle un aspecto siniestro.

El inquisidor general cumplió lo que habia prometido á la reina.

—He jurado el exterminio de los herejes, dijo á Colon; Isaac y todos los judíos que se hallen en su caso, morirán en la hoguera.

La sentencia fué cumplida, y Colon tuvo aquel profundo pesar en el período de su vida más risueño y brillante.

Cuando llegó á la Rábida, supo por fray Juan Perez de Marchena que se habian dado las órdenes para hacer los preparativos de su expedicion, y supo más aún: los reyes habian nombrado paje de su hijo don Juan á Diego, el hijo mayor de Colon, demostrándole de este modo que, mientras él marchaba á conquistar nuevas tierras á la corona de Castilla, querian ellos reemplazarle cerca de su hijo.

Hemos llegado á un período de la historia de Colon, en el cual debe absorber por completo nuestra atencion todo cuanto se refiera á la arriesgada empresa que iba á acometer.

El convento de la Rábida, el inmediato puerto de Palos, se convirtieron en mansion de alegría y esperanza á la llegada del ilustre marino.

Vamos á ver cuáles fueron los preparativos que se hicieron, y á conocer algunos de los personajes que debian acompañar al inmortal Colon á la conquista del Nuevo Mundo.

CAPITULO XLI.

Nuevas complicaciones.



OLON, que habia triunfado de todos los obstáculos que habia encontrado en su camino, llegó al convento de la Rábida con la esperanza pintada en el rostro y la bondad en el corazon.

No habia ya en el puerto de Palos y en las poblaciones más próximas, sobre todo entre las personas acomodadas y del gremio de navegantes, quien no conociese al ilustre marino genovés, quien no admirase su proyecto, y todos se interesaban en el feliz resultado de las negociaciones que tenia entabladas en la corte de España.

Su llegada fué saludada por los amigos que fray Juan Perez de Marchena le habia adquirido con entusiasmo, y de todas partes llegaron á visitarle y á felicitarle cuantos supieron que al fin y al cabo habia celebrado un contrato con los soberanos de Castilla y Aragon.

Grandes eran las simpatías que entre todas aquellas gentes gozaba Cristóbal Colon, y este prestigio lo debia á la noble, á la buena, á la desinteresada amistad que le profesaba el prior de la Rábida, el cual habia empleado todo su ascendiente, para con las personas que iban á verle á menudo al monasterio, en favor del ilustre marino.

A su llegada le hospedó en el convento, porque aun cuando ya estaban dadas las órdenes por los reyes para que faci-